

A través de la exposición de nuestra asociación “**Antes y Ahora**”, recientemente organizada, se pueden comparar situaciones de hace varias décadas con el hoy más inmediato.

La escasez de alimentos, tras la guerra civil y la 2.ª guerra mundial, hizo que en las décadas de los 40/50 del pasado siglo se establecieran o continuaran su actividad en la Villa varias industrias derivadas de los productos del campo. Existían tres fábricas de galletas de las que solo queda una (Santiveri); fábricas de harina había tres, la de “Posadas”, la de “los Moral” y La Pilar. Al aparecer en la industria harinera, allá por los años 70, nueva maquinaria con mayor capacidad de producción, ninguna de las tres factorías peñañielenses continuó su actividad. Con mayor razón, años antes, tuvieron que cerrar los molinos tradicionales. Y la línea de ferrocarril Valladolid-Ariza, tan ligada al tránsito de harinas y cereales, acabó por cerrarse en 1989.

Siguiendo el repaso de nuestras dificultades productivas, recordemos que la Azucarera hizo su primera campaña peñañielense en 1957, pero su cierre, en 2009, debido a la reducción de cupos remolacheros por la Unión Europea, produjo el mayor efecto negativo en el aspecto económico y social de la historia moderna de Peñañiel. La cerámica, un intento de versión moderna de las antiguas tejeras, después de unos pocos años de vida, también se cerró. En los años 70, Iberdrola compró las pequeñas centrales y molinos que producían energía eléctrica y los cerró para centralizar su suministro. Los talleres artesanos han ido desapareciendo a lo largo de los 30 últimos años del pasado siglo. De nuestra tradicional industria agro-alimentaria, nos queda la quesería Flor de Esgueva y la fábrica Santiveri...

Hoy en día, el vino es el producto estrella de la comarca y las nuevas bodegas (algunas son referentes de la arquitectura internacional), atraídas por la denominación de origen, han venido a mantener, en parte, la economía del pueblo. El Museo Provincial del Vino, en el castillo, ha sido un promotor del turismo en la villa, situándola a nivel nacional en el mapa de las rutas de referencia.

En cuanto a población, nos mantenemos a duras penas en la barrera de los 5 000 habitantes. Sólo se pasó de los 6 000 en la década de los 60, antes del éxodo rural hacia la ciudad con motivo de la industrialización.

En Patrimonio, se ha perdido el Hospital de la Santísima Trinidad. En su lugar se ha edificado un centro cultural que distorsiona por su arquitectura el entorno que lo rodea, dentro del casco viejo y al lado de la Torre del Reloj; añadamos a los peros de su ubicación la gran dificultad que supone para las personas mayores el hecho de que para acceder al edificio, se haya de subir una empinada cuesta. La chimenea de la Azucarera, que sería un exponente de patrimonio industrial, fue, incompresiblemente, dinamitada. También se derrumbó una capilla/oratorio del siglo XVII, correspondiente al convento de San Francisco, al hacer un pequeño parque infantil. Los restos de muralla en la zona este han sido derruidos a lo largo de estas últimas décadas, en gran parte por la construcción de nuevos edificios, y los que quedan en la Barriada de la Laguna se están desmoronando. El puente de piedra del Botijas debería protegerse, evitando el paso de vehículos pesados por él; sin embargo, y para bien, el puente del Duero se ha reparado y abierto a los peatones. E, insistamos como lo hemos hecho en diversas ocasiones, las luceras, muestras de nuestra arquitectura popular, se deberían conservar en su estructura tradicional dictando unas normas eficaces para su conservación.

Hablando sobre Medio Ambiente, respecto a los ríos hay un abandono manifiesto. Los árboles se caen al cauce, pasan años y nadie los quita. Al haber tan poco caudal en algunos puntos, como debajo del puente de la carretera general, la vegetación está ahogando el discurrir del agua. Las especies autóctonas de peces han desaparecido y alguien ha introducido lucios y otras especies invasoras que están prohibidas por ley.

Se deberían reforestar las faldas del Castillo con plantas apropiadas (quizás aromáticas) y programar plantaciones en las laderas y perdidos del término, en los que no se ha plantado ni un árbol en los últimos años.

En cuanto a la estructura urbanística, la mayoría de las plazas y plazuelas de la Villa se han convertido en aparcamientos de vehículos, se debería hacer un plan de actuación, sobre todo en el casco antiguo, para dotar algunas zonas de árboles y bancos y hacer de ellas lugares de encuentro de los vecinos. (Lo sentimos, pero en este apartado no se nos va de la memoria la última remodelación de la plaza de los Comuneros). En general, el pueblo está difuminado con barrios muy separados del centro; muchos comercios se han ido a la zona de los supermercados y de la carretera de Valladolid y el casco antiguo está casi deshabitado y tiende a vaciarse cada vez más.

Aunque hemos sido siempre muy optimistas diciendo que Peñañiel tenía mucho potencial, porque poseía dos ríos, estaba bien comunicado y tuvo durante un tiempo ferrocarril..., corremos el peligro de quedarnos en la estacada. Las cosas cambian y los objetivos a alcanzar también. Debemos potenciar y cuidar con mimo los elementos con los que ya contamos (nuestra propia historia, los monumentos que poseemos, la enología, la gastronomía, etc.) y facilitar en la mayor medida una serie de pequeñas industrias que mantengan un empleo estable y den oportunidades a los jóvenes para que no se marchen. De lo contrario, dentro de unos años esto será un remanso de paz... eterna.